

El desarrollo de la personalidad normal puede darse solamente viendo y asimilando a Cristo, conformando a Él nuestra mente, nuestros sentimientos, toda nuestra personalidad. Éste es el gran desafío para la educación del tercer milenio.

ZELMIRA SELIGMANN

Pontificia Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires.



IN MEMORIAM: DIEGO FRANCISCO PRÓ (1915-2000)

«El hombre —dice Platón en el *Critón*— no debe desear tanto el vivir como el vivir bien». Vivir conforme con el Bien..., en fin: ser bueno..., hacer que todo sea bueno.

Pró era un hombre bueno. Su figura retraída y tímida dimanaba recato, respeto, comprensión, diligencia, disposición, generosidad. Nada espectacular, se sumía en el silencio de su pensar dialogando consigo mismo: meditante antes que meditabundo, Pró sabía del hombre y su mundo, del mundo y sus avatares.

Sabía a la manera en que se alcanza el alma de las cosas animándolas en su propia alma. Sabía al modo de congeniar con el bien de todo lo que es. Sabía como saben los buenos: humilde en el pensar, agradecido con el ser.

De esa forma fue don de sí en todo y para todos según el universal. De allí que su obrar fue un servicio a los *trascendentalia*, una ofrenda al *Verum*, *Pulchrum* y *Bonum*, en y desde la condición de *homo viator ad Unum*.

El carácter viandante del vivir esboza su trayectoria en y por la educación y la historia. Por eso Pró comprometió aquella ofrenda de su ser y obrar con la formación espiritual en tanto docente en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Tucumán, en el Instituto Nacional del Profesorado de Catamarca, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y a través de sus reflexiones con los trabajos de *Tres aspectos de la cultura* (1942), *Filosofía realista de la educación argentina* (1950), *La universidad y la unidad de la cultura* (1964), además de varios artículos, todo inspirado en la filosofía clásica.

Conocer de que la educación al paso que breve en la tradición va trazando un itinerario espiritual en orden a configurar una identidad, este chaqueño de nacimiento (4 de junio de 1915) y egresado del Instituto Nacional del Profesorado de Paraná (1939) procuró revivir la historia como cinceladora de lo genuino y propio. De ese modo supo rescatar, con su metodología de la división generacional, a hombres olvidados y a pensamientos que si universales no obstante autóctonos, que han sido y son por tal razón arquitectos de «lo nuestro». De eso son testimonio sus escritos sobre el pensar argentino: *Alberto Rougés* (1957), *Coriolano Alberini* (1960) *Rodolfo Mondolfo* (1967), *Historia del pensamiento filosófico argentino*, 3 vol. (1973-1980), *Dr. Juan Dalma* (1982), un segundo tomo sobre Juan Dalma y Mario Binetti, (actualmente en prensa en la Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo), además

del recobro de obras inéditas de pensadores argentinos, sin mencionar los innumerables artículos acerca del tema. A esto se añade la creación y la dirección de la revista *Humanitas* en la Universidad Nacional de Tucumán y de la revista *Cuyo. Anuario de Historia del Pensamiento Argentino* (1965-1983) y la ulterior transformación en el *Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (1984 en adelante). La *Colección de Estudios de Filosofía Argentina y Americana* (desde 1985) en colaboración con sus discípulos, que permanentemente alentaba, es otra faceta de su prolífera labor.

Fue amante de lo suyo, fiel a sus raíces, incansable predicador de lo nacional en su más profundo sentido universal. Sabía que en ello radicaba el temple y lo perenne de lo argentino. Buscaba al modo del filósofo el ser, la razón y el destino de aquello que nos define: aquello por lo cual vale la pena vivir y morir.

Por eso no se atascó en lo anecdótico, lo descriptivo, lo sensorial o lo sociológico. Era, ante todo, un pensador habituado al buceo en el hondón de cuanto es, porque le era familiar lo clásico. De allí su inquietud metafísica con especial arraigo en Aristóteles, sin desconocer los grandes de la historia de la filosofía. Más allá de inventariar en una copiosa lista sus artículos, son de destacar: *Estudios de filosofía* (1944), *Temas y motivos del pensamiento griego* (1973), *Entre la ontología y la antropología filosófica* (1981), *El ser de las correlaciones metafísicas* (1998).

Su pensar se resume en esta sentencia suya:

«[...] después de tanto análisis del conocimiento, de tanto examen crítico de los sentidos y la razón pura, de tanta analítica del *Dasein* e investigación antropológica, de tantos análisis del lenguaje, la cuestión del Ente y del Ser sigue en pie».

«No se puede evitar la filosofía, pues en el fondo inconsciente de nuestra alma late una nostalgia de un profundo fin absoluto».

Por eso era amante del *Verum*.

«El que ve la Verdad —aseveraba Platón— es hermoso y por serlo tiende a lo Bello».

Así Pró intimó con la belleza por el sendero de la reflexión acerca del arte, como un

«[...] afán de proyección, de permanencia y de infinito que mueve todas las acciones auténticas y trascendentales del hombre».

Desde esta experiencia son los estudios sobre el arte originario en nuestra tierra: *Lorenzo Domínguez* (1952), *Tiempo de piedra en Lorenzo Domínguez* (1964), *Francisco Bernareggi* (1969), *La experiencia del arte de José A. García Martínez* (1968), *Angel Battistessa* (1968) y los análisis de exposiciones y muestras pictóricas entre muchos otros ensayos. Para Pró

«[...] el espíritu es esencialmente creación; obra siempre de una manera original y nueva, sin repetirse jamás. Cuando se repite deja de vivir [...] El pájaro posee totalmente el don de cantar. El artista no; tiene un don que ha de conquistar todos los días y tornarlo capacidad y actividad creadora. Y en esa tarea está empeñada su libertad [...] El artista expresa, manifiesta y hace viva la experiencia de la profundidad y el misterio. El filósofo trata de iluminarla y explicarla».

Por eso era amante del *Pulchrum*.

Lo bello, para el antiguo, iba de la mano del bien, a lo que —según Aristóteles— toda arte, toda búsqueda, toda acción y todas las cosas tienden, en cuanto que es princi-

pio de todas ellas. Así, anclado al principio, la obra de Pró fue austera, equitativa, ímproba, rigurosa, reposada, llena de decoro y dignidad: simple y llanamente modelo, esto es: coincidente y concordante con el principio.

De esta suerte tuvo muchos discípulos que dieron con él sus primeros pasos por la senda filosófica en el intento de compaginar el vivir y el logos, el ser y el obrar como nos ilustra el *Crátilo* platónico. De allí su rigor en la enseñanza y su paciencia en el aprendizaje: dócil y casi paternal acompañaba al alumno y al discípulo acorde con sus ritmos temporales.

De igual modo fue decano y rector en la Universidad de Tucumán y Director del Instituto de Filosofía Argentina y Americana de la Universidad Nacional de Cuyo, que fundó. La institución a la que dedicó su vida fue parte de su vida, incarnado en su ser. En ese sentido preparó y elaboró la *Memoria histórica* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en su 25° aniversario; un documento detallado y riguroso de gran valor histórico, que en ocasión de su edición Enrique Anderson Imbert escribió en una carta:

«[...] quién iba a decir, en 1940, que aquel Pró tan fino, tan callado, tan retraído, estudioso, juvenil y reconcentrado, nos estaba observando con esos ojos de novelista!».

Amigo de todos, enemigo de ninguno, formó parte de muchas sociedades científicas y académicas regionales, nacionales e internacionales, a las que fue acogido con calidez y admiración, mereciendo el título de profesor emérito de la Universidad Nacional de Cuyo y en especial un premio para pocos: *Consagración Nacional*, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación en «honra a las personas que dedicaron su vida a la investigación y la creación, que por la trascendencia de su obra merezca el reconocimiento del Estado».

Así fue ejemplo que, al modo de la bondad, movió a todos aquellos que lo conocieron a la busca de su propia bondad. Por eso fue amante del *Bonum*.

El bien —al decir de Aristóteles— es como el orden y el general, pero más según éste ya que el general no es gracias a aquél sino más bien al revés, de tal suerte que todo es conforme con lo Uno en cuanto hontanar de unidad.

La vivencia de lo Uno, a lo que todo converge y de lo que todo sale, en cuanto paradigma y don supone la suprema experiencia espiritual. En consecuencia, cuando Pró procuró de su vida transitar ese itinerario se mostró filósofo, y cuando intentó de su existencia la conjugación de los *trascendentalia* se reveló maestro.

Filósofo y maestro dio testimonio de la autenticidad de ser y pensar que permitió que una discípula de él escribiera: «Qué alegría saber que hay quien trabaja paciente, callado, escuchando, mirando el temblor de la vida que pasa y nos da realidad a los seres humanos».

Fue enseñanza viva de lo Uno que experimentó en «la filosofía de la soledad» y que en las postrimerías de su vida resumió diciendo que tal filosofía

«[...] se dedica a:

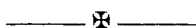
- 1.- la contemplación del ser y de los seres;
- 2.- conocer la verdad que está en ellos;
- 3.- contemplar el bien, la belleza y sublimidad de los ismos;
- 4.- estudiar las realidades de las regiones cósmicas;
- 5.- escrutar la región sagrada;
- 6.- conocer el alma, tomando el espíritu como guía;
- 7.- indagar las realidades de su mismo género;
- 8.- escrutar el carácter divino de ellas;
- 9.- investigar fuera de la tierra;
- 10.- habituarse a pensar el hombre en una forma nueva: su vida, su historia y el desti-

no del mundo y la humanidad, según aconsejaba San Pablo: "Renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, creado según el ideal de Dios en la justicia y santidad de la verdad".

De esa manera, el 18 de mayo de año del Señor 2000, un hombre bueno y bello trascendió en «soledad» la vida hacia el Uno, fuente de toda verdad, belleza y bondad.

MIGUEL VERSTRAETE

Universidad Nacional de Cuyo.



IN MEMORIAM JOSEPH DE FINANCE (1904-2000)

Tuve la dicha de conocer personalmente al Padre de Finance en el invierno italiano de 1997. Entonces pude apreciar en él la conjunción de una inteligencia todavía clara y profunda con la bondad y humildad que suelen tener los intelectuales más preclaros. La última vez que el Padre de Finance me escribió —con la ayuda de alguna mano amiga, ya que por entonces estaba casi ciego— su dirección ya no era la de la Universidad Gregoriana, donde pasó sus últimos años, sino la de una residencia en Via dei Penitencieri. Algún tiempo después de mi última carta recibí una amable respuesta del Superior de esta residencia, en la cual me informaba que

«[...] the Lord called him to Himself on 28 February. He was 96 years old and his death was the most peaceful and happy imaginable».

Cuando escribo estas líneas no se me presenta en primer lugar el gran intelectual, autor de numerosas obras que seguramente resistirán el paso del tiempo, sino el anciano generoso dispuesto a atender pacientemente los requerimientos de un extraño que lo perturbaba —tal era su humildad intelectual— con referencias elogiosas a sus escritos y logros intelectuales. Cuando recibí la carta del P. Bernard Hall S. J. informándome sobre su deceso, curiosamente en lugar de la tristeza por la muerte de un hombre al que admiraba tuve la particular sensación de que se había cumplido serenamente el fin al que había dedicado su vida: su inefable reunión con el Padre. Y en lugar de la natural angustia que uno tiene en estas circunstancias, pasado el primer momento de sorpresa —por natural que sea a una edad tan avanzada, la muerte siempre nos conmueve— hasta cierto punto compartí la paz de su encuentro final.

El P. Jacques Édouard-Joseph de Finance nació el 30 de enero de 1904 en el pueblo de La Canourgue, en Lozère, en el sur de Francia, único varón de los seis hijos de Elie de Finance y Lucienne Badarous. A los dieciocho meses de edad perdió la visión de su ojo derecho por un glaucoma. No fue a la escuela. Fue su madre quien le enseñó a leer, y aprendió el latín y el griego siendo todavía un niño. Alumno de los jesuitas en Sarlat, entró al noviciado de la Compañía al terminar su bachillerato, siendo ordenado sacer-